AÑO XXII. — Nº 1084. EL DIA MONTEVIDEO, OCTUBRE 25 DE 1953.



HOMENAJE DEL CLUB NAVAL.

Al cumplirse el 50º aniversario de la fecha de fundación del Club Naval, y entre otros actos conmemorativos, la prestigiosa corporación rindió homenaje a Artigas, ante su monumento, con emotiva ceremonia.

MIGUEL SERVET

La única justificación ética de ese dios al que invocan millones y millones de criaturas, es haber sido creado por el hombre, imagen y semejanza de las miserias humanas. Que el hombre vaya braceando entre sombras buscando una salida de luz, deseando una perfección nunca alcanzada, es fácil sea el testimonio de un aliento divino que le anima, pero que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de un dios omnisciente, y que no obstante permanezca mísero y cruel en sus voliciones, es la negación de una entidad moral creadora del hombre.

El recuerdo de la muerte del sabio español Miguel Servet en la hoguera, por designio del protestante Calvino, evoca esa lucha permanente del hombre braceando entre sombras en busca de una luz de salvación. Y la sombra que se le opone siempre, ahogando la aspiración del hombre. La Europa de los siglos XIV, XV y XVI es una monstruosa contradicción de claroscuro. El Renacimiento con su maravilla de luz que forma las artes plásticas. El pensamiento desde Erasmo a Vives, la ciencia desde los dos Bacon a Galileo, y Dante, Cervantes, Shakespeare... Idéntico renacer de colectividades que van formando puntos de condensación política para constituirse en nacionalidades; España, Inglaterra, Francia... Y los descubrimientos portugueses y españoles dando configuración al mundo, imprimiéndole al fin universalidad en la teoría y en la acción.

A la par de esta aurora, las sombras. Se escinde el sentimiento religioso y lo que en los Evangelios fué una llamada de paz a los hombres de buena voluntad se convirtió en una incitación al odio homicida. Ya no se juzgaba a los hombres por su conducta —"por sus obras los conoceréis"— sino según sus creencias. Se statuye la Inquisición y se organiza la caza del hombre. Decenas de miles de españoles son llevados a las hogueras acusados de delitos contra la fe. En Hispanoamérica son casi un centenar de víctimas las inmoladas por el tribunal del Santo Oficio, así llamado para sarcasmo de lo santo. Pero lo que en España fué inquisición sobre dogmna, en los pueblos anglosajones y germanos se desdobló en demonismo. Los hombres, no contentos con su maldad, inventaron, o mejor diremos, perfeccionaron el invento, de un demonio que buscaba refugio en el alma de los hombres para perderlos. Y se legalizó la persecución del demonio en cada persona. Más de doscientas mil brujas, hombres, mujeres niños, se dice que fueron quemadas en Alemania, y cien mil en el resto de Europa, todo porque el diablo se les había metido en el cuerpo. En Escocia, sólo mujeres fueron quemadas, ocho mil, y luego en Francia, la Noche de San Bartolomé pasaría a la historia como una mancha de infamia contra los hombres...

Sobre estas oleadas de sangre, figuras cimeras de la humanidad cayeron también víctimas del fanatismo dogmático. Juan Hus en 1415, arrastrado por el furor papista, como Savonarola en 1498 y Giordano Bruno en 1600. Pero los protestantes no iban a la zaga en bestialidad, y en Inglaterra Tomás Moró fué decapitado por Enrique VIII en 1535, y Servet conducido a la hoguera por el protestante Calvino en 1553. La religión, de sentimiento para la unión y salvación de los hombres, se había convertido en práctica de exterminación, culminando todo en la llamada Guerra de los Treinta Años, treinta años de degollarse católicos y protestantes alemanes desdoblándose la guerra en odios entre las dinastías de Austria y Borbón hasta el tratado de Westfalia. Medítese lo que significa treinta años de mortandad bestial entre dos sectas creyentes en un mismo dios y un mismo enviado que se decía de amor y paz.

Y, naturalmente, se trasplantaron a América las mismas semillas de odio. Ya nos hemos referido al establecimiento de la Inquisición en las colonias españolas. Pero veamos cómo procedían los protestantes. En el siglo XVII y en Meryland se aprobó una ley titulada de Tolerancia (Toleration Act), en la que se imponían: "enmiendas y azotes a quienes hablasen mal de la Virgen María o de cualquiera de las diversas sectas o facciones religiosas: puritanos, presbiterianos, independientes, católicos, jesuitas, luteranos, calvinistas, anabaptistas, brownistas, antinomistas, barrowistas, cabezas-redondas o separatistas". Pero además se castigaba con la pena de muerte y confiscación de bienes a quienes negaran que nuestro Salvador Jesucristo es el hijo de dios o que nieguen la Santa Trinidad del Padre, del Hijo y Espíritu Santo o la divinidad de cualquiera de estas tres personas, o la unidad de la divinidad, o que empleo palabras adversas sobre la Trinidad o cualquiera de las tres personas". Y a eso se llamaba Ley de Tolerancia.

En este clima espiritual aparece la figura del español Miguel Servet, conocido también por Miguel de Vilanova. Hace sus primeros estudios en Barcelona y luego pasa a Toulouse para hacer sus estudios de leyes. Pero el problema religioso ocupaba la atención pública, muy especialmente de los estudiantes. Lee por primera vez la Biblia no expurgada, traducida directamente del hebreo por el judío español Cipriano de Valera. Aparecen en su mente las primeras dudas sobre el dogma trinitario. Es joven, sangre caliente, discute apasionadamente, no esconde su pensamiento. En él se sintetizan a la vez las dotes de caballero según estampa de la época; apuesto, versado en ciencias, cortés, valiente. Su maestro Juan de Quintana lo incorpora al séquito de Carlos V en su viaje a Italia.

Se separa de la cortesanía y comunica a los reformadores de su tiempo sus dudas y afirmaciones sobre el dogma. Su franqueza le conquista el odio de todos, católicos y protestantes. Zvinglio lo rechaza, lo mismo que Calvino. Tiene un amigo, el Arzobispo Paulmier, que no pudo evitar que en Vienne su residencia, fuera quemado en efigie por la inquisición católica por haberse escapado gracias a la ayuda que le ofreció su amigo el arzobispo. ¿Todo por qué? Por haber escrito "De Trinitatis Erroribus". "Diálogorum de Trinitate libri duo" y "Christianismi restitutio".

Esos libros, donde Servet exponía la falsedad dogmática de la Santísima Trinidad, fueron puestos en el índice. Al huir de Vienne pensó regresar a España, pero tuvo miedo de caer en manos de la Inquisición, y fué viajando hasta que pudo establecerse en París dedicado al estudio y práctica de la medicina. Tampoco en esta ocasión pudo encontrar la paz. Su carácter vehemente y su sinceridad le hicieron entrar en pugna con los médicos de París. Allí fué donde descubrió la circulación pulmonar de la sangre y la influencia de la respiración para la transformación de la sangre venosa en arterial...

Entre sus valiosas aportaciones intelectuales, se cuenta la revisión y corrección de la Georgia de Tolomeo... Según Reclus, Servet fué el verdadero fundador de la etnografía y la geografía comparada. Puso también notas y comentarios a una edición de la Summa, de Santo Tomás, y lo mismo a una edición de la Biblia. Sin contar su descubrimiento sobre la circulación de la sangre, que le da entrada en el mundo de la ciencia experimental, es suficiente señalar sus comentarios y ediciones de la Geografía de Tolomeo, a la Summa y a la Biblia, para valorar el relieve intelectual de Servet. Una figura sencillamente del Renacimiento. Enciclopédico, orgánico revisando el pensamiento de los antepasados con el fin de estructurar el nuevo pensamiento rector de una época.

Su pensamiento y propósito era devolver al cristianismo su puro origen de contacto evangélico con los hombres. Hombre culto en humanidades, neoplatónico influído de las teorías de Plotino, panteísta a la vez en su visión de la Divinidad con el todo; pero no "de dentro a fuera", al decir de Menéndez y Pelayo, conforme a los filósofos alemanes, sino "de fuera adentro". Fué un precursor de los teorizadores históricos de la humanidad de Jesús, exaltándolo en su doble misión de hombre con sello divino. Menéndez y Pelayo le llama "especie de caballero andante de la Teología". Y así lo fué. Se encaraba con los problemas de la divinidad como quien arremetiera contra enemigos a quien había que persuadir con las lanzas de la razón. Formidable dialéctico, jamás escondió sus ideas, y esa fué su perdición.

Se cuenta, en relación a Servet, la siguiente anécdota: Juan Hausscheim, conocido por el nombre de Ecolampidio, cabeza del protestantismo de Basilea, escribió a Zuinglio la presencia de Servet, a quien acusaba de herejía, entablándose la siguiente conversación epistolar: "Ten cuidado —dijo Zuinglio— porque la falsa y perniciosa doctrina de ese español es capaz de minar los fundamentos de nuestra cristiana religión... Procura traerle con buenos argumentos a la verdad. —"Ya lo he hecho, replicó Ecolampidio; pero es tan altanero, orgulloso y disputador, que nada se puede conseguir de él". —"No se ha de sufrir tal peste en la iglesia de dios, contestó Zuinglio. Indigno es de respirar quien así blasfema". (Sacamos la cita de la "Historia de los Heterodoxos Españoles", de Menéndez y Pelayo, que a la vez la cita de Willis). Es otro aspecto de la tolerancia protestante, similar en esos achaques a la católica.

Calvino, espíritu tortuoso, denunció a la inquisición católica de Vienne, en Francia, lo que consideraba herejía de Servet, y cuando Servet huyó queriendo llegar a Italia, pasó por Ginebra. Reconocido, fué detenido, acusado y condenado a la hoguera. Su muerte fué una de las más enteras que registra el martirologio humano. Fué quemado a fuego lento, para que durara más su martirio, lo que hizo exclamar a la pobre víctima: "¡Infeliz de mí! ¿Por qué no acabo de morir? Las doscientas coronas de oro y el collar que me robasteis ¿no os bastaban para comprar la leña necesaria para consumirme?..."

Fué el 27 de octubre de 1553. Han transcurrido cuatro siglos. Sería justo suponer que la humanidad habría superado esta barbarie, por la que se condena a la muerte a criaturas por discrepancias de ideología o por prejuicios inconfesables. Y no ha sido así. Sigue el mismo bestialismo



emponzoñando a los hombres. En nombre de no sabemos qué finalidad histórica fueron millones de hombres lo que el ex-hombre Hitler condenó a los hornos crematorios. Por un dogmatismo de infrahumanidad cristiana, el franquismo ha asesinado en España a más de un millón de españoles, por el delito de no pensar en franquista. En Estados Unidos durante los últimos 50 años, han sido linchados más de dos mil negros por el delito de no ser blancos. En la U.R.S.S. son millones, decenas de millones, las personas amontonadas para el fusilamiento en masa y la aniquilación en los campos de concentración. El horror de hace cuatro siglos, aquello que visto en perspectiva histórica parece deshonra del hombre, se ha multiplicado en nuestro tiempo y continúa siendo dogma de gobierno en nuestros días.

Como si la finalidad fuera no destruir las ideas sino al hombre mismo. El dios de todos los dogmas se ha convertido en miserable ídolo que goza con el dolor de sus criaturas, esas criaturas que dicen fueron creadas por él para gozar la tierra, pero que sobre ella viven con desolación y desesperanza. La misma justicia humana, ayer objetiva, ahora es de una paradojal brutalidad. Ya no existe el delincuente sino el delito, un delito que todos los hombres pueden cometer y que, por consiguiente para evitar la delincuencia lo que importa es eliminar al hombre.

A este respecto, y según lo recuerda Weissberg en su libro "L'Acussé", corre en Rusia el siguiente cuento: "Corriendo desde el Irán, una liebre atraviesa la frontera. Una vez en tierra rusa se encuentra con un perro y entablan el siguiente diálogo: ¿Por qué huyes? —le dice el perro. —Porque según la nueva ley establecida en Irán, hay que matar a todos los camellos. Bien, pero tú no eres camello. —Ah, no! No quiero arriesgarme. Se empieza por mataros y es después de muerto que debe demostrar que no eres camello"

¡Después de muerto! La hipocresía dogmática todo lo arregla conformando al hombre para después de la muerte. Mientras la vida, luz y belleza armónica, siguen ensuciándola los fanatismos con la ponzoña de sus odios.

F. PERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).

Esmaltes de una exposición

La exposición de escenografía, cerámicas y esmaltes sobre metal que Ariel Severino nos ha ofrecido, equivale al estallido de un "crescendo" wagneriano. Nada, o casi nada de lo que estamos acostumbrados a ver, aparece con la fuerza mesurada y, si se quiere, de hierro, de lo clásico. Hasta diríamos que existe en el autor el propósito deliberado de quebrar ese eslabón que tan lenta y trabajosamente han ido elaborando las generaciones pasadas para no perder el contacto con las nuevas generaciones y sus formas de sentir. Afán combativo, de hombre que busca y no le importa quién y qué está a su frente, ni aún menos los monumentos derrumbados al paso. Sus líneas abstractas, sus formas en acción, sus colores explosivos, no son para observar desde la "bergere", dormitando. Para lograr siquiera una ligera visión del conjunto, es preciso colocarse al paso enérgico del autor y realizar síntesis vivísimas, despreciando toda verba bizantina. Severino es, a pesar de que él se cree capaz de tocar plenamente lo abstracto, un objetivista fatal que aparece en cada pieza, debajo del cruzamiento de sus matas de líneas, las cuales diríase quisieran ocultar el hecho, esa flor extraordinaria de una sensibilidad plegada a la realidad, confundida con ella; lo que constituye, en síntesis, la realidad misma, vista y sentida con un alma cosmogónica. Ni el valor del objeto, ni su significado social, ni su origen legendario, ni la magia, ni el misticismo pueden separarse de sus cacharros más simples, ni de sus plaquetas menos trascendentes. Porque la sencilla razón de aquello que preside una creación artística es el deseo de hallar una expresión gráfica que nos de con sus medios propios —junto con la tradición y la pedagogía del momento en que se actúa— la nueva forma, la nueva enseñanza capaz de quedar al mismo tiempo que innova como una tradición. Es decir, que el valor de los nuevos estaría en la paradoja de ser capaz de llegar a traducirse en un modelo, en ejemplo para el futuro; en una palabra, en transformarse en clásico para los que seguirán en el tiempo.

No podemos intentar un comentario de Severino como escenógrafo. Ya ha sido ampliamente reconocido en más de un escenario americano. Pero con cuánta simplicidad nos explicó en el liceo su posición y sus conocimientos: "Soy hijo de mi padre; junto a él aprendí mi arte. No pienso lo mismo que él ni estemos de acuerdo en muchos puntos. Pero él está presente siempre y nuestra armonía es inalterable. Creo que así deben ser padres e hijos."

Credo y acto de fé de un hombre que siente de dónde viene y a dónde va. Línea sentimental purísima que le hace ver los "campos" diría un físico electrónico, donde las fuerzas se suman o se cruzan sin perder su carga. Verdadero ejemplo en el arte y en la vida. Padre e hijo marchan separados y juntos hacia la misma estación terminal: el bien y la belleza.

Ariel Severino tiene tan aguda penetración de su tema que creo muy difícil alcance nadie a colocarlo en la caja-sarcófago de una definición. ¿Es abstracto? ¿Es clásico? ¿Es intimista? ¿Es realista? Tomad algunas de las figuras de cerámica de las que abundan en la exposición y clasifiquémoslas. Es una vendedora de flores; es una criolla enamorada; es una venezolana alucinante; en cada caso el objeto está dado con realismo, pero si observamos desde la distancia a aquella criolla venezolana con su sonrisa dorada y las manchas esparcidas sobre su indumento y su cara, vemos que se realiza una síntesis admirable de valores y queda ante nosotros una visión conocidísima e inseparable de "nuestra realidad": la de una dulce figura de criolla que entrega en sus labios la dulzura de su alma con una sonrisa ideal e inconfundible: ella es también la criolla nuestra, la mujer que sabe amar aquí como en Venezuela.

No: este arte no es abstracto, ni el arte es venezolano. Es la expresión universal lograda, es la mujer que aparece de tanto en tanto, en la plástica, extravasando ya en los ojos, ya en los labios elocuentes, lo más íntimo y puro de su alma. Y si nos detenemos ante aquella cabeza, cuyos ojos azules miran hacia abajo, en un gesto que no es necesario definir porque apenas el visitante enfrenta la exposición aquellos ojos que no miran y que nos miran, nos atraen magnéticamente. ¿Qué hay en ellos para que ejerzan tal fuerza imperiosa e irresistible? Algo que es la expresión clara de lo nuevo en Severino: son ojos que viven por el poder dominador de la luz. En las artes, y desde las más remotas épocas se busca este juego de luces y sombras para dar la sensación de que estamos frente a algo vivo, y todas las escuelas se han agotado antes de hallarle solución. Los modernos, con el impresionismo, parecieron llegar cerca de este misterio. Pero tampoco alcanzaron la meta. Algunos de sus grandes maestros, como Mancini, en su desesperación por llegar a la luz que la paleta no alcanzaba a sugerir, dieron hasta en lo absurdo, como fué agregar a los botones de las ropas que pintaba en sus cuadros, trozos de vidrio para que emitieran la luz que allí no surgía. Podrán imaginarse los lectores, qué honda emoción me embargó al contemplar a la distancia el espectáculo de la exposición de Severino, dominado por unos ojos que vivían reflejando la luz. Era lo "hallado", la *trouvaille* que el artista agregaba en técnica a sus creaciones: el esmalte. Cumple este elemento la función extraordinaria de dar una luz insospechada y tan fuerte que calificaría de peligrosa. Esa impresión, por ser tan dominadora, nos confunde y nos deja perplejos, si no ansiosos. Todos los esmaltes estallan en todas partes. Son explosiones de luz que luchan entre ellas, queriéndose anular unas a las otras. Para hacerlos triunfar ampliamente, sería preciso separarlos, uno en cada pared. Uno en cada fondo neutro. Nunca en una convivencia que es casi un conflicto de valores. Hay exceso de riqueza. Ya no es un color el que lucha; es el arco iris que se disuelve en las láminas de hierro. Cuántas veces al entrar en la maravillosa capilla de San Luis, la "Sainte Chapelle", en la capital de Francia, quedé como suspendido por el espectáculo de los altísimos *vitraux* que la perforan, haciendo alígeras a sus paredes, como una caja de cristal. Esa capilla cumplía en la Edad Media la misión de mostrar una imagen en esta tierra, de la belleza del paraíso, porque en medio de los sórdidos castillos sin ventanas y las casas sin vidrios, aquellos ventanales parecían un milagro celestial. Al penetrar en el templo (hoy sólo motivo de arte), el visitante se siente levantado por la sinfonía de colores que desde todas partes se cruzan en el ambiente, en una orgía de la paleta. Allí se comprende el valor de la luz. Cada rayo de sol al atravesar los inmensos ventanales, da vida a lo que hubiera sido un pálido reflejo del color. El *vitraux* triunfa porque posee la luz, luz propia aunque venida de un astro.

Es por este espectáculo inolvidable que, de pronto, la exposición de Severino me dejó el ánimo conmovido y las ideas en torbellino. Noté que los esmaltes "podían" más que la pintura, sin dejar de ser pintura. Ellos sugerían ambientes, no sólo imponían los colores con la fuerza de conquistadores irresistibles. Ellos también tenían el encanto de los medios tonos, las sutilezas, las transparencias, llevados por la luz que emanaba de sus tintas. Era la gama completa de las "nuances" que salvan las estridencias de los tonos puros. Cuando contemplaba las plaquetas de ilustración a "La Divina Comedia", confieso que los rojos infernales encontrados, me dieron por primera vez en mi vida la clara sensación visual del poema dantesco. Las hornallas del infierno deben marcar en la bóveda celeste esos reflejos de rojo trepidante que se levantan al fondo, de una plaqueta. Además, hay en estos cuadros el acompañamiento de una imaginación lujosa que ama el árbol. Los paisajes se desarrollan entre las sombras misteriosas que los colores van dando en lo absurdo de lo iluminado y, sin embargo, sin luz. No menos trágica es la entrada al infierno, donde el artista nos sugiere la sombra "paurosa" que va destilando el verso inmortal: "Per me si va nella città dolente. Per me si va nell'eterno dolore... Avanti a me non fur cosse create si non eterne ed io eterno duro. Lasciate ogni speranza. ¡Oh, voi que entrate!".

Así, con no sé qué de profético y doloroso, va la respuesta de Severino. No: no dejarán los hombres toda esperanza en la puerta porque lucharán. Esta obra es una prueba de la vitalidad renovadora que alienta los espíritus de aquellos jóvenes cuyos años pensativos están visibles en el trabajo que canta.

Mientras el mundo conmovido en sus cimientos se estremece ante la visión de un futuro sin norte, hay quienes sienten que sus brazos se van transformando en alas para salvar el abismo. Sólo así es posible pensar en nuestra vida. El arte nos aquietará el dolor, vencerá al tiempo y nos redescubrirá la esperanza perdida.

Maldonado, octubre de 1953.

R. Francisco **MAZZONI.**

(Especial para EL DIA).



"Diablos de Yaré", baile regional venezolano, esmalte sobre hierro.



"Mujer del cántaro", cerámica inspirada en el tipo popular venezolano.



"La iluminada", cerámica inspirada en el tipo popular venezolano.

La Lección de la Paloma

SOBRE un campo libre de alambrados, en el que aún no sombreaban la tierra casas, ranchos, mangueras ni hombres, corría serenamente un arroyo. Era caudaloso, de aguas límpidas y orillado de montes tupidos. En un lugar de dichos montes, ajustado a una horqueta de la ramazón de un ceibo, había un nido de palomas. El palomo, saltado el pecho, lucía su prestancia a todas horas. Era un poco arrogante, con sus puntos de vanidoso, pero, en el fondo, un buen palomo. Ella —la flor del pago— de grandes ojos negros, maravillosos por su dulzura, era el viviente más respetado y querido por todo el mundo alado. Tan cierto esto que su nombre era el único que no sonaba en el despiadado y permanente chismerío de un coro que, desde la salida del sol hasta su entrada, hacía vibrar un clan de cotorras que allí cerca prosperaba. Tal paloma, aunque todavía joven, recibía el trato de matrona. Ponía paz en las riñas, silencio en las murmuraciones, agradecía por todos su vigilancia a los chajás y su canto al cardenal y al sabiá, loaba la labor del tejedor boyero, reía con el desenfado del benteveo, era cordial con los lechuzones, admiraba sin envidia la intrepidez del arponero Martín y la ciencia de Hornero el arquitecto. Jamás tuvo un pero con unas urracas —que eran sus vecinas en el ceibo—. En resumen: desde el enjoyado picaflor hasta el pacífico Juan Grande, desde la graciosa ratonera hasta la garza de airoso vuelo, todo aquel pueblo sentía un tierno afecto por la paloma de nuestra historia.

*

Cierto día el hogar de la paloma fué reparado y afirmado. Se ablandó el lecho con suaves frazadas, la paloma se dispuso a eternizar su raza. Fueron, entonces, más amorosos los arrullos del palomo, y alguna vez que ella salía un momento en procura de algo, él la reclamaba con una voz tan mansa que su desbordante ternura era como una música inefable en el corazón de la selva.

Al fin tres huevos de maravillosa forma y color se vieron en el nido. Por el ceibo hubo un desfile interminable que significó la emocionada contemplación de aquel portento. Se alzaron, sinceros y sonoros, felicitaciones y augurios de felicidad. Y el tiempo seguía su curso, la vida su corriente y el arroyo su marcha.

*

Una tarde que la pareja había ido hasta la playa las urracas vieron algo inusitado. En vuelo de saeta cayó sobre el nido de la paloma un ave negra. Se echó sobre los huevos, estuvo un momento y partió como vino. Y las cuatro viejas, suspendidas y mudas, vieron un cuarto huevo junto a los otros. Pero aquel pasmo y silencio duró sólo un instante. Desataron las lenguas, alteróse el ambiente, se alborotó la selva. Cuando los dueños de casa llegaron, llegaron en medio del caos. Las urracas gritaban con acento histérico y destemplada voz:

—¡Jué una torda bandida y desvergonzada! ¡Jué una torda haragana, y ladrona y foragida!

La algarabía era imponente. Había un tremolar de alas y un airado concierto de gritos. Las cotorras enviaron una delegación en procura de novedades y al saberlas todo el clan concurrió allí. Y entonces fué la cima del escándalo.

La paloma al ver aquella tempestad cerca de su casa pensó en una desgracia. Se desorientó, perdió la serenidad, interrogó ansiosa a los primeros que halló. Luego, ya sabido el motivo de aquella conmoción, se impresionó mucho. Y terminó por serenarse, contemplando reconcentradamente, el huevo que no era suyo. Pensó, con un poco de dolor, en la desalmada torda, en la audacia e inconciencia de su acción.

Un lechuzón, rutilando siniestra luz por sus grandes ojos, emplumado de cólera, pues el griterío lo había arrancado bruscamente de lo más grato del sueño, dirigiéndose a la paloma levantó su voz sobre todas:

—Mire, doña: déjeme que lo viá sacar atravesao en el pico pa dejarlo cáir en el arroyo. ¡Que se lo coma alguna tararira asina concluye con esa raza tan sinvergüenza!

A punto de aceptar tan generosa oferta estuvo el palomo; pero ella habló primero que él:

—El calor que tengo para tres ha de alcanzar para cuatro y la comida que he de cargar para unos puede dar para otro.

Se alzó un murmullo de desaprobación en el concurso. La paloma, muy reposadamente siguió:

—Si mis hijos van a retozar y reir por todo esto, el hijo de la torda tiene los mismos derechos. El poco amor o inconciencia de la madre, o mandato del instinto —que de esto nadie sabe nada— es cuenta que no tiene porqué pagar su cría. Así es que, don Lechuzón, le agradezco su buena voluntad. ¡Y hagan el favor de retirarse todos que quiero seguir en paz cuidando mi casa!

*

Nacieron los cuatro polluelos. Eran parecidos pues la vida al recibirnos nos dice



que todos somos iguales. Pero a los pocos días el salido del huevo ajeno empezó a diferenciarse de los otros. Y a medida que pasaban las horas se iba erizando y llenando de oscuras motas.

Hasta que llegó el tiempo que los palomitos supieron —porque vieron y sintieron— que aquél no era hermano de ellos. Es claro que ese conocimiento fué agudizado por el comadreo de las urracas, la irona de los benteveos y la lengua de las cotorras. Con todos estos sentimientos y esta tremenda influencia los hijos de la paloma empezaron a repudiar y a zaherir al otro, a pesar que la paloma tenía para él las mismas atenciones y había sufrido los mismos desvelos que con los otros. En cuanto quedaban solos los cuatro empezaba el ataque cruento y el sufrimiento mudo.

—¡Guacho, mala raza, tordo!

El mísero pajarito sentía que le iba creciendo un odio muy grande por todos, pues todos lo ofendían y rechazaban; pero más grande que este odio era su ilimitado amor por la paloma. Por eso callaba y toleraba. Hasta que no pudo más.

Una tarde, después de su primer volido, aislado en un sarandí meditó que su vida allí ya era imposible en aquel clima de tan dilatado repudio. Y se fué, con la determinación de no volver más.

La paloma sintió su ausencia supo el sentido de la misma. Reprochó severamente a todos, desde sus hijos a las cotorras, por la impiedad tenida contra un ser tan pequeño, tan indefenso y tan sin culpa. Y se entristeció profundamente. Y hubo como un tardío arrepentimiento en la selva por la crueldad reconocida...

Pasaron los días, el sol trazó muchas curvas, la luna alumbró muchas noches. La selva seguía su existencia inmutable. Pero la paloma se había apartado de todos. No creía ya en la bondad de nadie, ni en el afecto puro y limpio. Cayó en una hon[da] melancolía. Tal cosa conmovió el ambien[te]. Voló de poco en poco Llegó hasta m[uy] lejos.

*

Un atardecer de otoño en torno al ni[do] de la paloma había un extraño silencio. Un extraño silencio porque allí estaba tod[o] el pueblo de la selva velando recogida[mente] el nido de quien respetaban y que[rían], y a pesar de que eran tantos no s[e] sentía más ruido que la levedad del air[e] al pasar por entre las ramazones.

Y de pronto rasgó aquel silencio dolo[rido] un canto, un maravilloso canto. E[l] pueblo de la selva buscó de donde partía [y] vió, sobre el mismo nido donde la paloma se consumía, un mirlo cuyo espléndido plumaje destellaba profundos negros y ruti[lantes] lantes azules.

El canto se abrió como un ancho e in[corpóreo] corpóreo abanico y sacudió el corazón de todos, tan hondo y suave era. Notas de un portentoso violín, que ondulaban, se estremecían y temblaban ya en tremolantes trinos, ya en graves y extendidas notas fueron como un milagroso bálsamo en la angustia y una frescura en el dolor de todos Y después que el canto cesó el mirlo dijo:

—Este canto es sólo para mi madre, ésta que aquí está enferma. La otra que hube de tener, huyendo de la tragedia de su nido deshecho, aquí llegó desesperada y por no perderme me dejó caer en casa ajena. Era una mirla, no una torda.

La paloma sonrió y sintió reflorecer su carne. Entonces una urraca exclamó:

—¡Ah, no era una torda, si lo hubiéramos sabido...

—¡Como hijo de torda lo crié igual que a los míos —estalló la paloma—, lo cuidé y quise como hijo de torda! Todo ser, cante o no cante, sea hermoso o feo, tiene derecho a la vida y al cariño y a la ternura. Tordo fuera el que crié, igual lo recibiría amorosamente. Es un mirlo y su canto ha sido para mí sola pues ustedes no se lo merecen. Pero...

Se reconcentró un momento la paloma, y luego siguió:

—Pero... cánteles a todos, mi hijo. ¡A ver si lima un poco la aspereza de esos corazones ruines, que lo escuchen también mis hijos para ver si comprenden que son hermanos suyos!

*

Y desde ese día hubo paz en aquella selva. Se respetaron las leyes de la vida y del instinto. Las tordas pusieron sus huevos en nidos ajenos y las otras madres criaron amorosamente a los que no eran de su raza.

José MONSGAL.

(Especial para EL DIA).

tución, general Pedro Sicco, también la colaboración acertada del arquitecto Jorge Caprario y otros allegados, que sin escatimaciones han logrado un precedente que promete un feliz desarrollo. A este esbozo inicial, compuesto por un amplio ambiente, erigido a mediana altura, se agregará en etapa *venidera* la instalación de muelles acogedores como asimismo una construcción anexa, en la que se dispondrán gimnasios, salas de concierto y conferencias, gabinetes de reposo y otros índices similares, que darán al Club Náutico Santa Lucía, la significación de los grandes emporios turísticos. La Naturaleza aporta por otra parte el telón de fondo apropiado, desenvolviéndose en armonía, equilibrio y gracia. Falta la corriente intempestuosa, pero las aguas deniegan la calma, y el chinchorro trémulo se mece con elegancia y soltura, junto al resplandeciente yacht de porte airoso y audaz. Son muchas las naves que pernoctan, con sus cables de amarres tendidos a los postes del club. Pero el éxito será rotundo, cuando aquéllas se multipliquen, e impartan el latir intenso del movimiento marino. Velámenes que recogen el fulgor pálido del desmayo lunar, recorriendo el sereno río, ayudados por la brisa del Plata, que llega sin estrépitos, con la energía que las telas requieren para su apacible devenir.

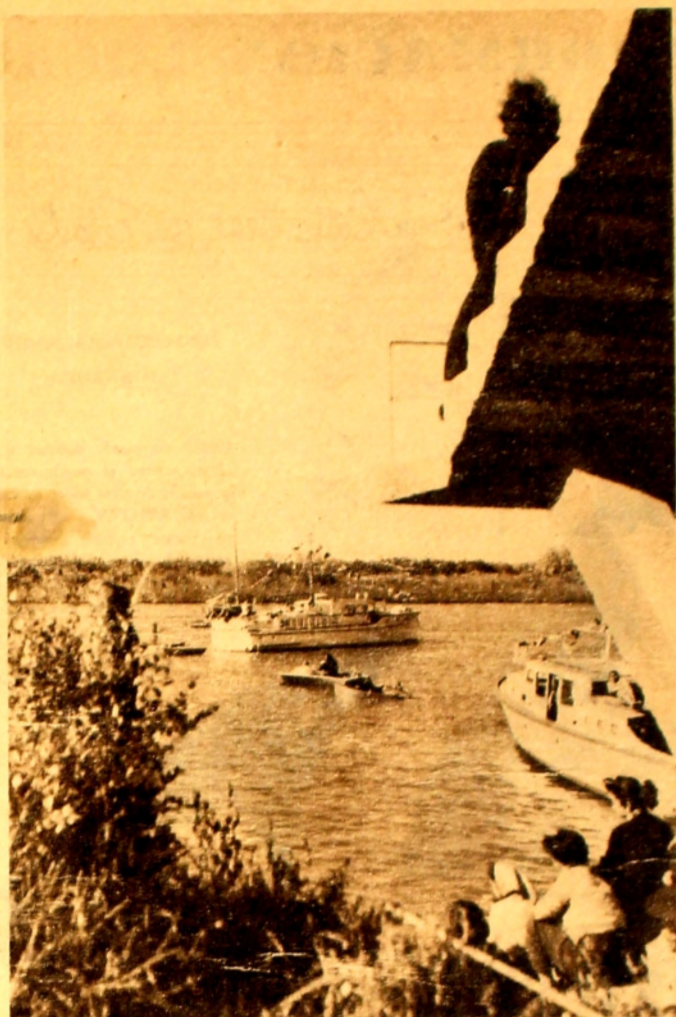
Las posibilidades del C. Santa Lucía se robustecen por la excelente valoración de las parcelas circundantes, que presentan ya incipientes viviendas nativas, suficientes para fomentar una congregación nutrida en los alrededores. Otras actividades, aparte de la motonáutica, unen también tonos de encanto. La pesca alienta por su parte, al deportista ávido de piezas difíciles. Quien tiene ya cierta experiencia natatoria, despliega su cuerpo entre la masa cristalina. Estudiantinas alborozadas, quiebran los límites rígidos de las aulas, esparciendo jovialidad, radiantes, pletóricos de júbilo, saturando de exquisitas fragancias el vaivén de sus movimientos, ágiles, voluptuosos...

Todo está dado en su justa medida. El sol ocultándose, ha bañado de color y destellos la jornada de la inauguración del hermoso local. La noche recogerá nuevas inquietudes en líricos sueños, y con el nuevo despertar se irán gestando nuevas páginas felices, en la vida del Club Náutico de Santa Lucía.

Aurelio RUGGIERO.



Un velero con su tripulación, zarpa del club, en procura de la costa.



La escalinata que conduce a los ambientes del Club Santa Lucía, se recorta en el espacio, donde barcos y arboledas conjugan una página de expresiva belleza.



El regocijo de la navegación, queda encarnado en la sonrisa de estos aficionados que surcan el Río Santa Lucía.



El Arq. Jorge Caprario, que ha delineado la estructura del local social, del C. Santa Lucía, expone planes para el futuro.



Núcleo de asociados, escuchan las expresiones del general Pedro Sicco.

INFORMACION LOCAL



Desfile de modelos infantiles realizado en el Parque Hotel, a beneficio del Colegio Nacional "José P. Varela", acto simpático que alcanzó gran lucimiento.



Visita de una comisión médica de lucha contra la meningitis tuberculosa infantil, al frente de la cual se encuentra el general Sicco y los profesores señores Peluffo y Ramón Guerra, al Preventorio Infantil de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, para estudiar la ubicación ofrecida para albergue de los niños curados y en convalecencia.



limpio que en otras épocas, vuelve a adquirir su potencia, que aumenta más aún con el tributo que le entregan el Salsipuedes, el Yí, el Arroyo Grande y otras corrientes de cierta significación. Las orillas del río son casi siempre altas, siendo difícil llegar hasta el borde del agua, con frecuencia turbulenta, bastante oscura, evocando siempre la denominación que lleva la gran corriente fluvial; algunas palmeras, evadidas de los palmares de Porrúa y de Mujica, de la especie llamada yatay, se mezclan con los árboles del bosque selvático que margina el río, donde entrelazan sus ramas el viraró con laureles del país, canelones y sauces de gruesos troncos.

Pero pronto el río comienza a sentir los efectos de la presencia del valle del río Uruguay, que ofrece aquí una suavísima pendiente, que obliga al gigante a describir amplios bucles y codos, abandonando parte de sus aluviones para formar multitud de islas, hallándose las mayores en el lugar donde se produce su confluencia con el río Uruguay. Unas son anchas, de contornos arenosos redondeados; otras angostas y largas, y todavía algunas cuyas orillas aparecen indecisas por hallarse bordeadas de pajonales, que ocultan la ribera fangosa. El monte, de una exuberancia extraordinaria, cubre muchas de estas islas, que tienen siempre más vegetación que las orillas inmediatas; entre los árboles, que crecen muy apretados y envueltos a veces por enredaderas, epífitas y la tuna colgante (Rhipsalis lumbricoides), se levantan algunas palmeras yatay, de poderosas y brillantes hojas.

Nutrias, carpinchos, el jabalí o cerdo salvaje de la zona, los lobitos de río y otros animales buscan refugio en estas islas. También viven allí algunos cazadores que los persiguen encarnizadamente, raleando cada vez más nuestra ya menguada fauna. Las gallinetas o pavitas de monte alborotan con sus cacareos estridentes y destemplados en las horas de los crepúsculos; las garzas blancas y moras y la cigüeña picaza, pasean por las orillas su elegante silueta, y a veces alguna yarará de temible veneno se desliza dejando un surco en la arena.

Pero en las islas no sólo habitan los componentes de nuestra fauna y los aventureros que la diezman. Hay también una población cuyo trabajo penoso, pero útil, va dando nuevos alientos de vida al hasta ahora solitario ambiente de estos bosques. También ellos cazan el jabalí, pero en razón de ser un animal peligroso y de carne aprovechable; pero fundamentalmente hacen cultivos en el claro de dichos bosques, crían abejas, aves de corral y explotan en forma ordenada la floresta. Algunos restos del trabajo de los indios, hoy desaparecidos, prueban que estas islas constituyeron un habitat bastante propicio para la permanencia de los indígenas. De todas maneras y haciendo excepción de la zona contigua a Mercedes y la población de Soriano, las orillas del río Negro, lo mismo que algunas islas, viven todavía en una soledad impresionante. En las lomas y cuchillas próximas o distantes, se levantan los edificios de las estancias, coronando las alturas. El río Negro, amplio y tortuoso, marginado de un bosque a menudo muy talado, se desliza perezosamente por su cauce y los canales que separan a las islas entre sí; un río de seiscientos cincuenta kilómetros, pero todavía solitario y olvidado, al que conocemos a través de los viajes transversales, cuando en forma fugaz podemos distinguir sus oscuras aguas desde el veloz autobús o motocar, o desde las balsas que lo cruzan. Este conocimiento es distinto al que tenemos del río Uruguay, al cual la carretera o la línea férrea bordean por trechos muy largos, levantándose sobre sus orillas o cerca de ellas poblaciones numerosas y prósperas.

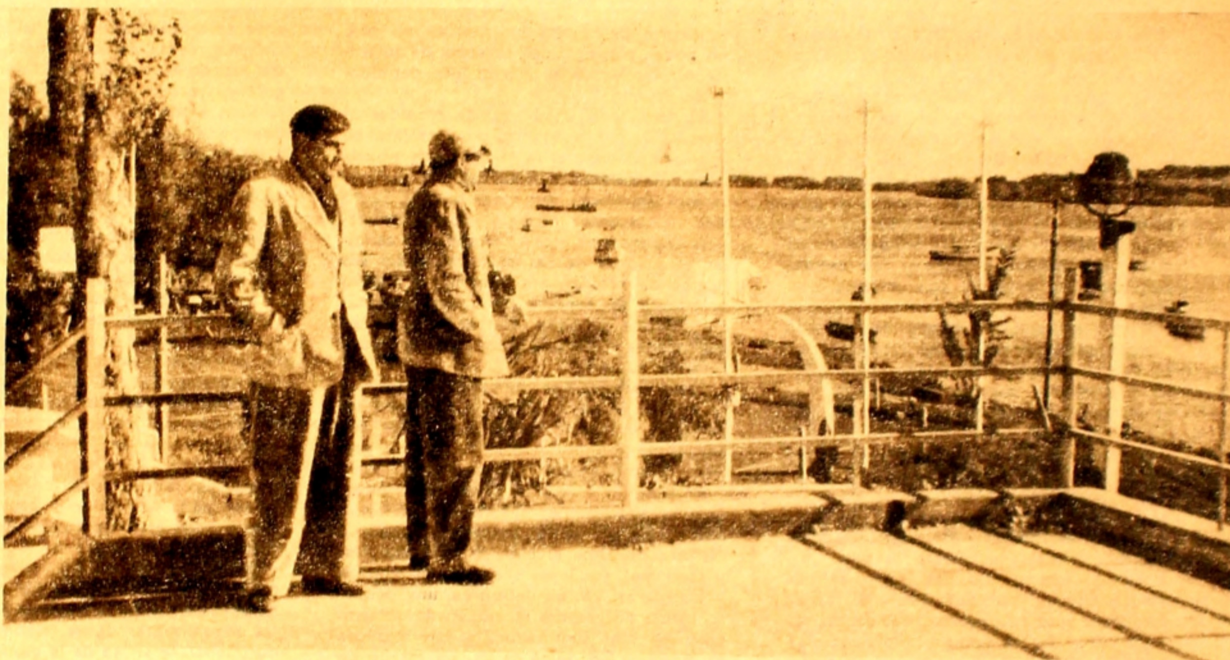
Sólo cuando dentro de una veloz lancha surcamos las aguas del río, por espacio de horas o de días, y descansamos en las orillas o bajo las frondas de las islas, comprendemos la promesa que la gran corriente fluvial representa para el futuro, a pesar del peligro de las crecientes y de los cambios de caudal. A la red radial de nuestras comunicaciones, que han favorecido el gradual poblamiento del territorio, el río Negro ha de tenderse como una formidable unión transversal, y hará que la corriente de población que ha ido avanzando a lo largo del río Uruguay, irrumpa a través de su propio valle, internándose en el país, hasta la zona cubierta por el gran lago artificial que alimenta la Usina del Rincón del Bonete.

Jorge CHEBATAROFF.

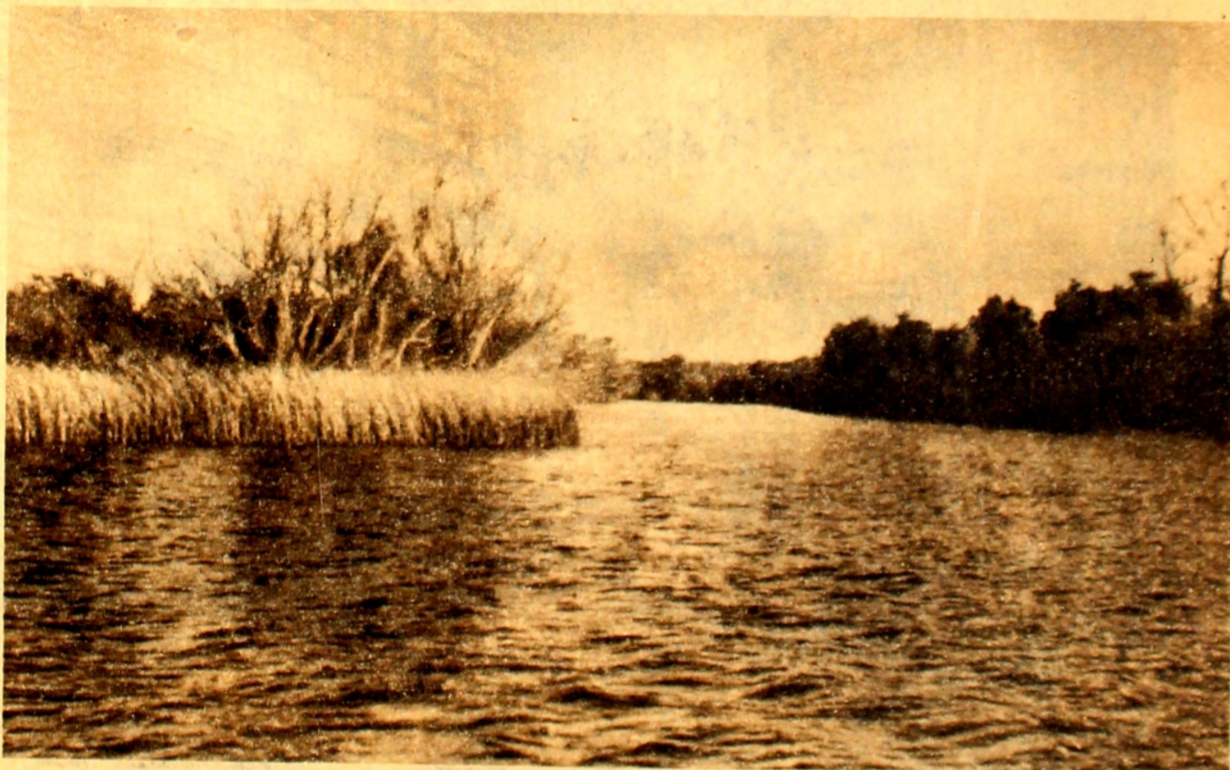
Especial para **EL DIA.** — (Fotografías de A. Taddey).



Embarcadero en la Isla Chalupa Grande, entre Soriano y Río Negro.



El Río Negro visto desde el Club de Remeros, de Mercedes.



Barra de Las Maulas, marginada de bosque, pajonales y juncales.



La ciudad acústica y resplandeciente, sede de los sistemas filosóficos y sociales, lucha contra la noche con sus sabias luciérnagas.

LA esencia de lo uruguayo no puede revelarse de manera súbita, como un fogonazo en la noche.

Ella brota en cada uno de nosotros después de la experiencia y del estudio cumplidos con amor y con fatiga; después que la familiaridad reiterada con las cosas alumbra el concepto ideal de las mismas.

Paisajes y sociedades, historia y geografía, excursiones y meditaciones ayudan a conocer lo nuestro, a ubicarlo en el mapa del espíritu, a juzgarlo con certera plenitud o a evocarlo con docente nostalgia.

Pero los uruguayos hemos desestimado sistemática hacer un examen interpretativo de lo nacional. Hemos estado sumergidos en dos medios mundos antagónicos que debieron ser complementarios: medio país vivió atento al microcosmos del carnoati campesino, y otro medio país, al rumor ilustre de la cultura europea.

Los hombres rurales, vueltos hacia la tierra, ajenos a todo lo que no fuera su horizonte, aferrados con los garfios de la tradición y del sentimiento al pago materno, privados de la cosmopolita mirada integradora, no pudieron responder a la pregunta sobre la peculiariedad de lo nacional. Sólo en las épocas revolucionarias, de travesía heroica y rumbo ensangrentado, el paisano tuvo una especie de preconciencia de la realidad uterina del país sin poder plasmar, por carencia de instrumentos intelectuales, una imagen definidora del mismo.

El ciudadano, a su vez, de espaldas al terruño y dominado por un complejo de inferioridad americano —mestizaje anímico y no étnico— puso su oído en el vacío caracol exportado del viejo mundo, captó sólo los aspectos formales de la civilización transmarina, copió modas sin asimilar el tuétano de las culturas, vistió sus juicios de retórica sin conocer el cuerpo palpitante del fenómeno y quiso "estar al día" porque no pudo estar al tanto de las eternidades y transmutaciones de la piedra filosofal europea.

Otros factores han mediado, además, para ocultar lo nacional tras una bruma todavía no disipada. En el pasado fué por exceso de acciones y pasiones; en el presente, porque somos "una isla feliz".

El Uruguay carece de problemas étnicos, domina absolutamente todo su territorio, posee una economía simple y poderosa, disfruta de altos niveles de vida material y espiritual, sus leyes sociales son amplias y justicieras. Es, en definitiva, una pequeña ínsula de ventura en medio de un tempestuoso mar continental, y esto provoca en nosotros un dulce sopor, un estado de beatitud y una sensación de seguridad que a veces se confunden con la inconciencia. Un país piensa acendradamente en sí mismo cuando la problemática interna lo acongoja y acorrala, cuando el contorno físico lo flagela con su látigo geográfico, cuando una parte de su población no se asimila a los dictados de la cultura oficial, cuando el hambre sacude y solivianta sus comunidades, cuando el conflicto entre los ideales y la realidad es reiterado y flagrante. Entonces, entre sobresaltos y desvelos, los hijos de ese solar sufriente inician la "vía crucis" de una interpretación.

Todos los países de América Latina que cargan su madero telúrico, racial o colonialista se hallan más cerca que nosotros de la médula cosnoscitiva. Ven resplandecer sus llagas al sol. No son felices. Están insatisfechos. Padecen y esperan. Pero no olvidemos que es en los extremos de la angustia donde se revelan vigorosamente las categorías y los valores del ser humano y que, del mismo modo, en el forcejeo doloroso para sobrevivir y convivir las naciones adquieren conciencia de sus claves y de sus símbolos.

No se piense que pido catástrofes o desazones para nuestro país con lo que acabo de señalar. Compruebo solamente los efectos narcotizantes de la felicidad. Estamos durmiendo la siesta de la gloria. Ojalá que el despertar sea plácido y que mañana sean



Libros, libros, libros. Siglos de saber, de inteligencia y de sensibilidad, condensados en el símbolo más sutil y ardiente del pensamiento humano, centralizan en la urbe del sur el monopolio de la cultura.

INTERPRET

DIALE

LA C

legión los que comiencen a tom
de la patria y a descifrar su pro
tido.

He sostenido más de una vez
esas mismas páginas que el hombr
de nuestra cultura es el campesin
recogido el legado civilizado de l
El hombre rural y el urbano
entre sí. El hombre rural, que be
che del pezón bucólico de la n
que creció ecológicamente alvéola
paisajes, sabe el nombre y la biog
las cosas, está, en cierto modo, h
la raíz mágica de la creación. D
queño ha vivido en contacto con
de la mañana, con el canto dora
avispa, con el ronco resuello de
meptas, con las fuerzas rituales d
rra y del agua, del cielo y del vie
das sus experiencias son directas.
hombre a los seis años, cuando y
a caballo o ayuda a sus padres la
Es un ser muscular y óptico; actú
categorías del instinto y se adapt
ticamente al contorno zoológico o
que lo rodea. Es un poco animal y
planta. Aprende a estar solo, a
rumiar un mismo pensamiento, a
ciencia, a respetar los ritmos natu
universo. Cuando despierta el am
más grande y bello de los misteri
mueve los planetas y los soles, q
florecer las anémonas en el pecho
y ayunta a los chingolos en las isle
brías — el hombre de campo no sut
rellena con frases declamatorias e
entre dos besos. No conoce las abs
nes de la galantería ciudadana, ni e
zor donjuanesco del hastío, ni los
tos freudianos de la frustración. Am
el polen en su vuelo o como el p
su cuchilla, pleno de salud fisioló
posible táctica, a cuerpo puro y a
miento simple. El hombre urbano c
pla el campo como una soberana
ción estética, pero su reino está en
lles de la ciudad. El hombre de la
precisamente, el portador de la opin
blica. "El Hombre Mediocre" de In
ros, el creador de la Kitsch o cult
masas, es el tipo egregio de la fau
bana, el diente del molino multitu
que muele la harina de la peligros
populi, vox dei".
El hombre urbano admira los p
pero no los sabe. Desconoce el nom
los árboles, las costumbres de los a
les, las faenas pecuarias o agrarias, e
y reflujo de la naturaleza. Sus do

Unidos a la tierra por el trote de
de los paisajes y

DEL URUGUAY

ICA Y DESTINO DE TURA NACIONAL

con el "centro", el "club", el "café", la "oficina", la "barra", instituciones o sociedades que interponen entre el cuerpo de la tierra y el alma del sujeto un denso bosque de símbolos, de usos, de tradiciones colectivas, de estrategias sociales. Pero si ignora la onomástica y la etimología del ruedo rural posee en cambio un elenco dialéctico que le permite inaugurar, frente al reino óptico del campesino, el auditivo y el fonético del ciudadano. Si el campesino es un hombre que sabe callar el urbícola es un hombre que sabe hablar. No se concibe un orador campesino. El campo dará grandes jefes o caudillos que arrastren pueblos con el hechizo de su coraje o con la irradiación de su *carisma*, pero nunca con la persuasión de su palabra. El político, a su vez, que suma al orador la técnica del ajedrez electoral y el dominio de la cosa pública, sólo puede florecer en la selva conceptual de las ciudades. Nuestro país presenció más de una vez las maniobras de los Directorios urbanos y la noble rudeza de los caudillos rurales de un mismo partido puestas de manifiesto en el desarrollo de las revoluciones.

La formación infantil del ciudadano proporciona también pautas iluminantes. El niño de la ciudad crece bajo la mirada vigilante de sus padres, bajo la admonición de sus maestros, bajo la implacable égida de las vitaminas, de las cinco tricotas en invierno, de la interdicción de asolearse en verano, de la sustracción sistemática al caballo que cocea, a la ortiga que martiriza, al arroyo que ahoga, al relámpago que espanta. Todo lo instintivo del hombre se debe disimular: los niños son naturalmente sucios y se han de convertir en aseados; son barullentos y anárquicos, pero deben adquirir "modales"; aman la expansión y la libertad, pero han de soportar las torturas sedentes de los profesores de inglés, de solfeo, de etiqueta, de canto, de manualidades y otras yerbas...

Un océano erótico, de pesada agua sexual, envuelve al niño ciudadano. Las ilustraciones sádicas del cinematógrafo, los episodios radiotelefónicos de espesa libido, el comentario oblicuo del gárrulo grupo escolar, el libro de anatomía hojeado a hurtadillas, los eufemismos de las conversaciones entre adultos que no pueden disimular el trasfondo equívoco, y mil otras distintas situaciones, agazapan en el alma del niño urbano un perfume oscuro, una premonición más deformante y tortuosa que la realidad misma, una curiosidad atroz por conocer lo que el niño campesino contempla sin escándalo todos los días, como la hoja que cae o como la luna que asciende su diente de ajo en el cielo.

Cuando el niño ciudadano pisa los umbrales de la pubertad y toma "un tranvía llamado deseo" entonces el amor reviste una forma literaria, esconde su débil plexo tras una hojarasca de palabras brotadas de un breviario manido y anónimo. Aparecen la galantería y el refinamiento, el proemio excitante, el canto de la sirena, el mohín aprendido, la esgrima mental de dos seres que son, antes que hombre y mujer, deportistas del sexo, y un cinismo elegante, perverso, sutil, preside el eterno advenimiento de Sodoma y Gomorra.

Intelectualmente, el hombre rural se concita en derredor del viejo de la tradición y de la leyenda y el urbano cifra su entusiasmo y salvación en el libro. El campesino es un ser folklórico; el ciudadano, una criatura civilizada. Civilización viene de *civitas* y significa universidad y universalidad, técnica y código, máquina y metafísica. "Nada me enseñan los árboles del campo y mucho los hombres de la ciudad", decía Sócrates, inaugurando así el espíritu urbano. La civilización fué ayer el puerto y hoy es el aeropuerto, y siempre ha sido la usina del intelecto, la sede de los sistemas morales y mentales, el condado de la ciencia. El campesino es el cuerpo de la cultura y el ciudadano es el alma de la misma. El campesino mira hacia el pasado, es conservador, rutinario, apegado a la herencia de los abuelos. El ciudadano mira hacia el porvenir, es progresista, innovador y aguarda ser superado por sus hijos.

*

En todo lo afirmado hasta ahora tal vez exista una filosofía, pero sin duda se expresa una esperanza.

Creo en los hombres rurales, en los hombres de pocas palabras y de silencios cósmicos, hundidos en el regazo solemne de la tierra. Pero creo también en la divina flor del saber, en la responsabilidad de la inteligencia, en la espiritualidad de la cultura.

El corolario de esta doble fe es simple. Los hombres llamados a interpretar y a comprender el secreto resplandor de la patria serán los formados en moldes campesinos pero labrados por el orfebre cultural de la ciudad. Es menester, por tanto, retornar al álveo puro de la naturaleza. Descongestionar a esta monstruosa Montevideo, cabeza inmensa que corona un cuerpo infantil. Y sobre todo, llevar la cultura a los más remotos rincones del país, empeñando al país si es preciso, para inundar la campaña de escuelas y Universidades del Trabajo; para crear liceos en todas las poblaciones de dos mil habitantes; para injertar la divina gracia de una sinfonía en la cepa patriarcal de las cuchillas; para hacer gustar a Virgilio y a Homero, a Sarmiento y a José Eustasio Rivero, a Acevedo Díaz y a Horacio Quiroga; para lograr armonía plena entre el instinto y la mente, entre la fuerza corporal y la potencia intelectual, entre la Naturaleza y el Espíritu.

Cuando esto suceda, entonces, con temblor helénico, florecerá en América "el milagro" uruguayo. Nuestros dos medios mundos son ricos y originales. Soldémoslos con la inviolable liga de la cultura y así crearemos, junto a la valoración entrañable de lo vernáculo, una civilización con fragancia campesina y decisivo carácter universal. Derramemos la cultura, como de una cornucopia, sobre el rubor adolescente de nuestro campo. Enseñemos al hombre rural a fructificar en su parcela, a fijarse en ella, a dignificar su trabajo, a engrandecer su vida.

La ciudad le ofrece a quien corre a su encuentro la panacea mendicante de un puesto público.

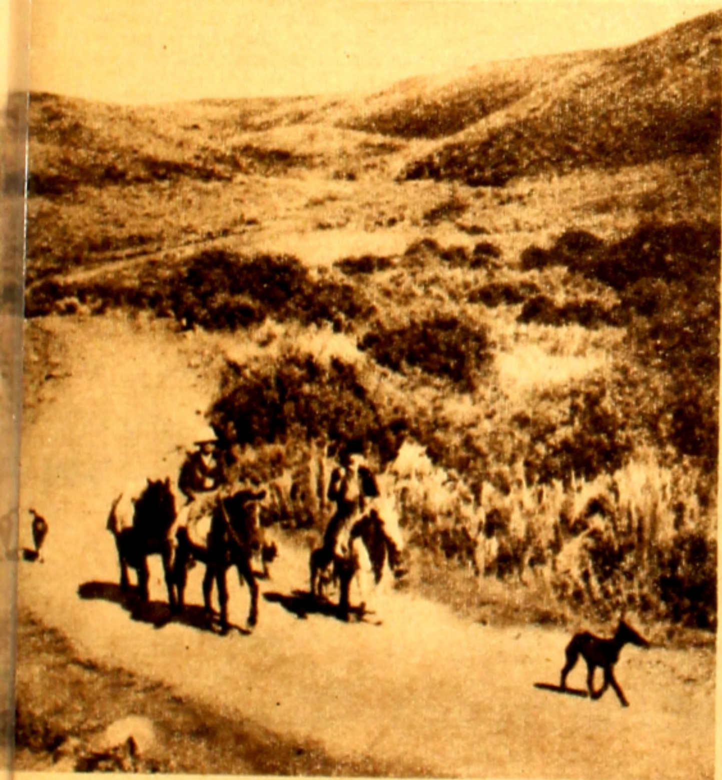
El campo, en cambio, nos ofrece un lugar en la creación. Si hacemos este destino inteligible mediante el resplandor de la sabiduría, arderemos como una estrella pura en el alba estremecida de América.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Arrogante y atento el niño campesino posee la estrategia zoológica del contorno semoviente y la paciencia botánica del mundo vegetal.



...balgaduras estos muchachos del Uruguay rural pulsan largamente la guitarra ...as de música humana en el pentagrama gris de las sierras.



El hombre rural tiene un puesto asignado en la creación. Su tarea lo injerta en los paisajes y bajo su mirada fructifica el territorio.



Surge de la pradera la edificación del Club Santa Lucía, que aflora en clara significación progresista.

EL CLUB NAUTICO DE SANTA LUCIA



El general Pedro Sicco vierte palabras de estímulo, fundándose en un presente rico en concreciones, plasmadas a través de sostenido esfuerzo.

CONJUGACION de leyenda y fronda, ensimismadas recíprocamente, con entelarcs de aromas, cantos y colores que afloran pródigos y animan una vida distinta. Reino de soledad, quebrado apenas por el trino discontinuo de alondras, gaviotas y torcazas que acompañan el ritmo progresista, de los núcleos que acentúan esfuerzos en procura de un deleite inesperado. Sin sabor a humo, desprovisto del gris cotidiano del cemento. Expandiéndose en goce infinito con la caricia de novedosos matices, impuesto por acacias, espinillos y coronillas.

Culminando ese esmero, puesto en la búsqueda de estos contactos tan saludables, ha nacido el Club Náutico de Santa Lucía, ubicado en la Isla del Francés frente al Parador Tajes.

Obra de bríos, que trasunta el esmero templado por músculo y espíritu, inspirado en el deseo de asentar un nuevo centro de turismo y solaz. Y en recompensa el presente marca rasgos halagüeños, que proyectan formas luminosas en un futuro pleno de ideales. Se ha concretado a través de un pasaje rápido, fugaz, acortado por el entusiasmo, la edificación de un local social confortable, de líneas puras, que resaltan el impulso del presidente de la ins-



Las embarcaciones de mayor calado, que en consecuencia les está vedado el amparo del muelle, lucen esplendorosas, sus siluetas, recortadas sobre el arbolado fondo.

LAVALLEJA: Payador de la Patria

No ha mucho tiempo, en breve página de historia que dediqué en estas columnas de EL DIA a comentar los pródromos de la cruzada libertadora y en la que puse de relieve el texto inédito de tres manuscritos fundamentales para el estudio y mejor conocimiento de aquel período, procuré evocar, en compendiada síntesis literaria la trayectoria heroica del bravo conspirador de 1822. (1).

Le cupo —dije entonces— a Juan Antonio Lavalleja, dar el primer paso en procura de la independencia, inaugurando un ciclo histórico que sería de decisivas proyecciones nacionales. El destino le tenía reservada a él tan grande empresa política. Había defendido las libertades orientales desde la hora augural de la revolución, incorporado a las primeras caballerías criollas que cruzaron sus natales sierras minuanas.

Desde aquellos lejanos días de 1811 Lavalleja comparte la causa redentora del artiguismo sin un renunciamiento: firme y leal.

Las Piedras, el Exodo, los dos Sitios, Guayabos, India Muerta, Paso de Gutiérrez, Toledo... son testigos de su arrojo y constituyen bélicos jalones de su carrera heroica.

El conquistó prestigio y autoridad en días de prueba. Su vida se nos revela como una maravillosa conjunción de episodios y hazañas no olvidadas: tenía el perfil legendario de un Bayardo.

Por su osada intrepidez, propia de su genio y valor, Lavalleja será no superado actor en acontecimientos extraordinarios.

En su vida se conjuga la heroica intrepidez de su espíritu con la máscula arrogancia de sus gestos militares.

Formado en el seno de humilde hogar, se desenvolvió la etapa primigenia de su existencia y actividades rurales en la vasta comarca minuana. Juan Antonio Lavalleja adquirirá la recia estructura humana y el carácter de nuestros hombres de tierra adentro.

*

Y el espíritu de libertad y patria que desde 1810 ilumina el alma de los orientales, pondrá en él la llamarada de luz que encendió, para gloria nuestra, su gaucha y hazañosa voluntad nativa.

De las sierras, de los valles y de los montes que le vieron nacer, recogió la noción y las virtudes esenciales que dieron a su personalidad facetas de inconfundible reciedumbre.

Y le tocó a él la venturosa gracia de llevar a las filas libertadoras de Artigas, con el tesoro de su valor, la nota alada de su genialidad campesina.

"Eres —le dice don Juan Zorrilla de San Martín, con el verbo magistral de su palabra— el coplero que iba a cantar, al son de la guitarra campesina, los retos de la Patria reflexiva al pie de los bastiones españoles, en las noches estivales del primer asedio de la ciudad cautiva..."

Nada más agrega sobre el particular el ilustre aeda de la patria. Hoy sólo quiero documentar este histórico rasgo de la vida de Lavalleja que el poeta exhumó en el discurso inaugural del monumento erigido al prócer en su villa natal.

Capítulo olvidado de su pasado, que reavivo bajo el título: "Lavalleja, payador de la Patria", en esta hora de evocaciones centenarias.

Fué la suya voz del pueblo hecha cielito, encendida en furias e imprecaciones: grito de desafío, gesto criollo de libertad.

*

Corren los días de gloria y sangre del Segundo Sitio de Montevideo.

Febrero de 1813

Llega al Cerrito el ejército oriental de Artigas y en sus seis divisiones retornan a la lid los hijos de la patria.

La tropa desfila arrogante en medio de gritos de admiración y alegría. Con palmas, flores y músicas, saluda a sus héroes el pueblo que forma larga fila sobre la cuchilla. Y con ellos la caravana del Exodo, que vuelve a la tierra prometida...

Desde ese instante, nuevos aconteceres revisten la lucha de singular emoción.

Francisco Acuña de Figueroa, que muy de cerca siguió el proceso del Sitio, nos ha legado en su veraz y versificado "Diario Histórico", el admirativo relato de la presencia de audaces troveros que en las noches de aquel verano llegan hasta el pie de las murallas montevideanas para entonar sus retos altaneros.

Es el día 27 de febrero de 1813...

Anota, entonces, el culto bardo de la ciudad cercada, la presencia del primer coplero criollo:

"Llegando anoche al muro un enemigo
que las zanjas y sombras protegieron
Atrevidos insultos se le oyeron
Al Gobierno y al pueblo prodigar."

Y pocos días después, el 5 de marzo inmediato, de nuevo aparece junto a los bastiones el audaz payador:

. . . .

"Un joven osado se vió en la guerrilla
Del campo enemigo al frente avanzar;
Y corre y revuelve, y a gritos retaba
Al bravo que quiera salir a lidiar.

Cual cuzco faldero con flaco ladrido
Persigue importuno al grueso lebrel,
Así el atrevido incauto insultaba
A lobos que apenas curábanse de él.

Pero al día siguiente retornaba ante los muros el empecinado gaucho oriental y de nuevo deja oir su voz:

"El soberbio que ayer desafiaba
A invictos guerreros del bando legal,
Hoy torna de nuevo y algunos afirman
Ser un Lavalleja, Teniente Oriental.
"¡Cobardes gallegos!", con ciega osadía
Gritaba... y gallegos no había en la facción.



En el Museo Histórico Nacional se inauguró la Exposición Histórica Lavallejista, como parte inicial de los actos programados en el Ministerio de Instrucción Pública, conmemorando el primer centenario de la muerte del procer.



(DIBUJO DE SIFREDI)

Y dando carreras, "¡Que venga!", repite
"Quien quiera conmigo probar su latón."

De pronto en las zanjas oculta emboscada
Diez truenos a un tiempo descarga sobre él
Sorpréndese el joven, cercado se mira,
Y escapa, llevando sangriento el corcel.

Acuña de Figueroa ilustra esta preciosa relación histórica expresando que

"Este era don Juan A. Lavalleja, teniente entonces de la división de D. Manuel Artigas; en la arrojada interpidez con que en su juventud venía a desafiar a los más afamados campeones del bando realista, parece que ya diese indicios del gran guerrero que había de ser después y del nombre que había de tener en la historia de la Patria."

*

Dos meses más tarde, en horas en que los sitiados conmemoran con actos militares gloriosas hazañae madrileñae contra el ejército de Napoleón, se hacen presentes otra vez los audaces copleros criollos y... adiós fiesta y alegría.

"Anoche a cantar "cielitos"
acércase a las murallas,
Al favor de oscura sombra
una patrulle contraria."

"Solían los patriotas en las noches más tenebrosas —agrega Acuña de Figueroa— acercarse a las murallas, tendidos detrás de la contraescarpa, a gritar improperios o a cantar versos. Anoche repitieron, al son de una guitarra, lo siguiente:

"Los chanchos que Vigodet
Ha encerrado en su chiquero,
Marchan al son de gaita
Echando al hombro un "fungueiro".

"Cielito de los gallegos
¡Ay! Cielito del dios Baco
Que salgan al campo limpio
Y verán lo que es tabaco."

*

Pasan los meses. Es octubre. La primavera es llama ardiente en el coraje gaucho, y en los campos, flor, luz y amor... cuando de nuevo se acercan a los bastiones los payadores orientales. Pero esta vez y en horas de la noche, la voz desafiante de los "patrias" hará oir sus cielitos envueltos en el estruendo de las bombas que azotan la plaza con mortífero designio.

"Y mientras las bombas
Cruzan nuestra esfera,
Y sus estampidos
En torno resuenan,
Ellos entre sombras
Al muro se acercan
Y en cantos prodigan
Insultos y befas..."

Y Acuña recoge el texto de estos cielitos. En el verso criollo del trovador oriental la insolencia tiene la cruda gracia de las cosas camperas.

"Los víveres de los godos
Cayeron con su golete,
Pero ahí les mandamos bombas
En lugar de galleta.

Cielo de sus vanidades,
¡Ay! cielo de su tormento,
De comer tantos porotos
Están llenos de viento."

Y poco después, los cielitos se tornan lúgubre responso...

"Vigodet con sus gallegos
Murieron de consunción
Y este responso les cantan
Los libres de la Nación.

El escorbuto y la sarna
Causaron su destrucción
Y detrás iban llorando
Mil godos en procesión.
Kirie éleison - Kirie elieson!"

*

A ciento cuarenta años de aquellos días iluminados de gloria y heroismo, resuene en las guitarras uruguayas el alma de la patria agradecida. Y bajo la inmensa y estrellada bóveda azul de nuestro firmamento se eleve al infinito, en la alada cadencia de sus bordonas hecho salmo o "cielito", la fervorosa emoción de todos los corazones orientales.

Ariosto FERNANDEZ.

(Especial para EL DIA).

---

(1) Suplemento de EL DIA. Año XXI, número 1036. Noviembre 23/1952. "El 22 de octubre de 1822". "Los Caballeros Orientales" y "El Cabildo de Montevideo".

ISLAS E ISLEÑOS DEL RIO NEGRO

CAPAS de esquistos arcillosos, coronadas por areniscas fuertemente silicificadas, [illegible] manantiales abundantes, dan origen en [illegible] Sierra de Santa Tecla a nuestro gran [illegible] Negro; en esta parte inicial de su cur[illegible], le aportan algún caudal numerosos [illegible]elos y bañados, estos últimos pobla[illegible] ceibos, de tal manera que cuando [illegible] entra en el territorio de nuestro [illegible] una corriente fluvial de cierta im[illegible]ia. Las capas de Santa Tecla, que [illegible]cipio se atribuyeron al cretáceo, [illegible]on consideradas permocarboníferas y hasta poseen yacimientos de hulla, que son explotados en la mina de Candiota.

Ya dentro de nuestro territorio, el tributo de las aguas del río Tacuarembó, una de las corrientes fluviales más poderosas del interior del país, termina por darle al río Negro la categoría de un río de bastante consideración, a pesar de sus grandes variaciones estacionales o irregularidades de caudal, reflejo de un clima inarmónico que cuesta tanto y causa tantos sinsabores a nuestros ganaderos y agricultores. Hasta la mencionada gran confluencia el río Negro corre por terrenos sedimentarios relativamente blandos, trazando un cauce poco definido, con las orillas pobladas de pajonales y las aguas cubiertas en los remansos por vegetación de camalotes y otras plantas acuáticas; esteros y lagunas a veces en sucesión casi interminable bordean las riberas, pero en determinados trechos las orillas suelen elevarse bastante, bordeándolas bosques selváticos relativamente anchos.

Las aguas del río se funden luego con las del gran lago artificial que alimenta la poderosa maquinaria hidráulica del Rincón del Bonete; allí la corriente fluvial pierde su personalidad, y el campo raso, sin árboles, se sumerge sin franjas de arbolado en las aguas azul oscuro del extenso lago. Pero después de la represa, el río, más



La familia de un isleño del Río Negro.



Orilla arenosa de la Isla Chalupa, poblada de bosque.





En los salones del Parque Hotel se efectuó el homenaje de despedida al Dr. José G. Lissidini, nombrado Embajador del Uruguay en Italia, asistiendo un nutrido grupo de amigos que le manifestaron expresivas demostraciones del aprecio en que se le tiene.

En honor de la señora Ana Bayardo de Lissidini, esposa de nuestro Embajador en Italia, Dr. José Lissidini, se realizó un acto de despedida con motivo de su partida, el que congregó a numerosos elementos de nuestra sociedad. Aparece en la nota la señora de Lissidini con la señora Celina N. de Cassarotti, Sra. Maruja A. de Curbelo Brum y señorita Ana María Bozzo Aldecosea.



Efectuóse en el Cementerio del Buceo un sentido homenaje a la que fuera Inspectora de la Universidad del Trabajo del Uruguay, señorita María Sarubbi.



Fiesta de camaradería ofrecida al señor Enrique Fortuny, jefe de los talleres de la Escuela de Mecánica y Electrotecnia, que se jubila, por sus compañeros de esa casa de enseñanza.





La misión técnica de la Fundación Armour, venida a Montevideo, efectuó una visita al Laboratorio de la División Investigaciones Científicas de la Ancap, con el objeto de determinar las posibilidades que existen para instalar en el Uruguay un Instituto de Investigaciones Tecnológicas.





Artistas de color, pertenecientes a la "Ania", entidad que cuenta con numerosos intérpretes de meritorias facultades, ofrecieron un concierto en la Sala Verdi. Aparecen en las notas solistas y coro de la "Ania" y un aspecto de la sala.

DANIEL DE LA VEGA

FUE hacia 1919. Yo estaba en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, mi "alma mater". Frecuentaba un grupo de mayor edad que la mía. Con decir que fuí amigo de Valdelomar, que me llevaba doce años, y de Mariátegui, que era no se ahora si cinco o nueve años más viejo que yo, digo lo preciso. Grande amigo de los "Colónidas", entonces más sosegados, e a un muchacho de estatura mediana, grandes ojos tristes, cejas copiosas y juntas que contrastaban con la dulzura de la mirada; palabra queda y precisa; una sonrisa vaga siempre sobre los labios finos; el bigote corto, espeso, negro y duro velaba aquella sonrisa; leía vorazmente poemas, sobre todo de autores franceses. Y gozaba de fama de buen conversador y de comentarista sagaz. Tenía familia en Chile, con la cual cambiaba correspondencia. Creo que había hecho un viaje a ese país. Se llamaba Aurelio Fernández Concha. Era hijo de un célebre abogado limeño, de bullados litigios, en su primer matrimonio con una señora Miró Quesada de rama colateral a la que más figuraba entonces. Aurelio estaba muy enamorado de una hermosa muchacha piurana, que acabó desdeñándole. A consecuencia de ello, Aurelio se empleó en la Associated Press y se fué a Nueva York. Desde allí llegaron pocas noticias suyas. Un día, la definitiva: se había pegado un tiro. Era el clásico suicidio de Werther; era la reedición anacrónica del *mal-du-siècle* romántico. Era lo que Aurelio Fernández Concha fué siempre: lealtad consigo mismo, hondura de sentimiento, fineza de percepción y una melancolía mordiente, que me ha quedado grabada en la memoria como un tie no recuerdo de adolescencia. Fué Aurelio Fernández Concha quien puso en mis manos un librito de pasta oscura, un cuadernillo, diría mejor: se titulaba *"La música que pasa"*; su autor: Daniel de la Vega.

Por esos días yo andaba entusiasmado con *"Misas herejes"* de Evaristo Carriego, y leía vorazmente *"Ciudad"* y *"Versos a Negrita"*, de Baldomero Fernández Moreno. El peruano Yerovi usaba tono semejante, aunque mucho más de cepa modernista. Valdelomar había inaugurado una prosa doméstica, de intensa ternura. Mi amigo Luis Aurelio Loayza Silva, hijo de poeta, componía unos lindos versos sencillos al modo de Fernández Moreno, Carriego, Yerovi, y —claro— Coppée y Francis Jammes. De la Vega escribía en ese tono. Era el suyo un lirismo suave, hogareño, de frustrada ironía; una tristeza insinuante, sin desgarramientos: pleno tono menor, música de cámara. (No "Music of Chamber", la joyciana, no). Nos leímos a coro el libro del desconocido poeta chileno, y nos lanzamos a buscar versos de otros chilenos de entonces: Jorge Hubner Bezanilla, Max Jara, Carlos Mondaca, Magallanes Moure. Hasta creo que fué Hubner quien, en su rápido paso por Lima en 1918, coincidiendo con el señor Puga Borne, dejó como lírico rastro aquel libro de Daniel de la Vega.

Averiguamos algo y supimos que De la Vega, (entonces de unos veintitantos años, nacido en 1891), había publicado *"Al calor del terruño"* (1911), *"Cielo de provinciana"* (1916). Le perdimos de vista. Como Aurelio se marchó a Nueva York primero y a la muerte después, me quedé con el libro. Quién sabe en qué manos se halla ahora, pues me deshice de todos mis libros hace justamente cinco años, para librarlos de la voracidad de algún malandrín cualquiera, de esos que por habérselo robado todo, no quieren que nadie conserve ni siquiera lo que a pura gimnasia de saber obtuvo.

Muchos años más tarde vine a conocer, muy de paso, a mi poeta de *"La música que pasa"*... Yo trabajaba como subdirector de la Editorial Ercilla. Las prensas de la casa habían botado varios libros de De la Vega en horribles ediciones: *"Caín, Abel y una mujer"*, *"Fechas marcadas en la pared"* (estoy citando de memoria, erudito lector), qué se yo. Un día Laureano Rodrigo me llamó, y con su incorregible tartamudez me dijo, señalándome a un hombre alto, flaco, de cabellos si no me equivoco castaños (no quiero preguntar a nadie si el recuerdo es exacta), una cara impasible y exangüe, unos ojos claros como si de ellos se hubiera ausentado la vida. Eran unos ojos de cristal. No llevaba esa pipa que por lo común le acompaña en los retratos. Tengo una borrosa impresión de aquel encuentro. No creo que fuéramos efusivos ni él ni yo. Tengo la idea de que rara vez nos hemos tropezado en la vida. Hasta pienso que nunca más. Pero lo he seguido leyendo, no ya en verso, sino en prosa. Con todo lo abundante y celebrada que es la obra periodística de Daniel de la Vega, para mí sigue siendo el poeta de *"La música que pasa"*, libro que no he releído nunca, que a lo mejor ... para mí, y contiene parte de mi propia ... sentimental.

Precisamente, por el recuerdo de aquel libro, de los primeros versos de De la Vega, perseguí su prosa tratando de ... en mi memoria con el versifi... de años antes. Me pareció que en esos ... dos trazos de sus crónicas periodíst... había, más que facilidad, timidez. El ... como que necesitaba franquearse, ... brándose cotidianamente del fardo de ... presiones y remembranzas que le asal... ban. Ahora resulta que sus grandes pre... lecciones fueron Azorín (muy visible, pe... stemperada la lentitud castellana por ... inevitable presteza sudamericana), y E... liano Ramírez Angel, cronista exquisito q... floreció allá por el 1910-1930, y a qui... publicara varios volúmenes aquella inol... dable Editorial Hispano - Americana qu... funcionó en París cuando Rubén publicab... *"Mundial"* y *"Elegancias"*.

Así como Azorín, pese a sus muchos via... jes, no perdió jamás el pulso de su M... drid, así De la Vega fué un santiagu... enragé, hasta cuando pretendía cometer ... deslealtad de irse con Madrid del braz... ro. Lo hispano le tentó siempre, no lo pa... risiense como a otros. Y cuando a los se...



Daniel de la Vega, Premio Nacional de Literatura, de Chile.

senta y un años pudo realizar su gran escapada de Chile, se fué derechito a los Madriles y a Sevilla, y a Cádiz (la de "La Marcha de..."), a desentrañar recuerdos de lo que no había conocido, esa suerte de sortilegio impar que nos aqueja a los muy lectores, como cuando se llega a París y uno tutea de inmediato a la Tour Eiffel y al Sacré Coeur, a la Rue des Capucines y a toda la Rive Gauche, como si allí se hubiese nacido, lo que acaso sea verdad, pues se nace de la sangre y de la imaginación.

En Madrid ha sorprendido a De la Vega su premio de mucho ruido y escuálidos pesos. Parece que no le sobrecogió, según dicen. Materialmente, no es para sobrecoger a nadie. Pero sí, estoy seguro, le dejó atónito el hecho. Yo no sé si Daniel De la Vega es modesto o un tímido orgulloso. No sé en cuánto estima su larga obra, pero debe quererla mucho porque le ha sido fiel hasta la monogamia, digo, hasta la monolatría o monofilia. Un solo amor luce su vida: su obra. Amor sin jactancia, amor humano, de esos que se pasan la velada en silencio a veces, pero contemplando la parva perfección que de la Inmensa nos dió el destino. De la Vega ha escrito, ha escrito, ha escrito, como pocos, siempre en su línea: primero versos; después teatro y crónicas, a ratos tratando de parecer ingenioso, lo que cuadra sólo a medias con su índole lírica, con su terco subjetivismo de poeta insobornable.

Las formas le preocuparon sólo aquello que es indispensable para ser exacto —y exactitud no significa sólo concisión, sino también transparencia y perfume. Aunque sea ese perfume de hojas marchitas que arrastra el otoño y nos viste de alegre melancolía.

De la Vega, con su pipa, su traza de bohemio constreñido por el nuevo tiempo, me hace el efecto de un personaje nacido a destiempo. Pese a su estilo cortado, a su párrafo breve, a su ironía insinuante, él pertenece al viejo tiempo romántico. Sin quererlo, se presenta a menudo como un personaje azoriniano. Mira, remira, sobremira y submira; luego, piensa, repiensa y acaba destilando una croniquilla fresca y apretada, en la que entre dos suspiros apenas insinuados, surge un paisaje vivo y colorido. "La música que pasa". La vida con su música.

Luis Alberto SANCHEZ.
(Especial para EL DIA).

EDGAR RICE BURROUGHS'

Tarzan

TRAICIONADO POR EL PERVERSO CREEL, EL HOMBRE MONO Y SUS COMPAÑEROS SE DESPERTARON CUANDO SE LES HUBO PASADO EL EFECTO DEL NARCÓTICO, ENCONTRÁNDOSE CON EL CAMPAMENTO DESIERTO. EL EX-GUÍA SE HABÍA LLEVADO A LA HIJA DE BARD, A LOS CARGADORES... Y EL MAPA DE LA REGIÓN DE ZOBIA... EN BUSCA DEL "PADRE DE LOS DIAMANTES".





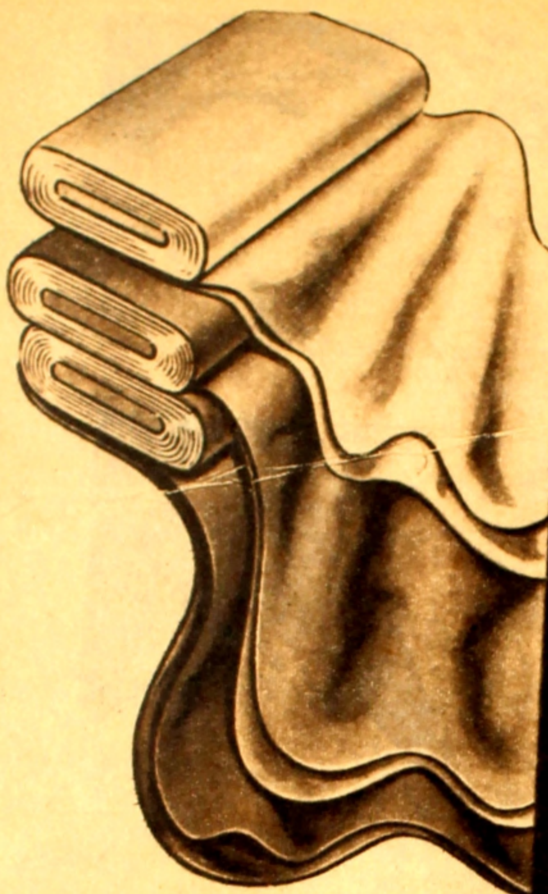












Casa Soler

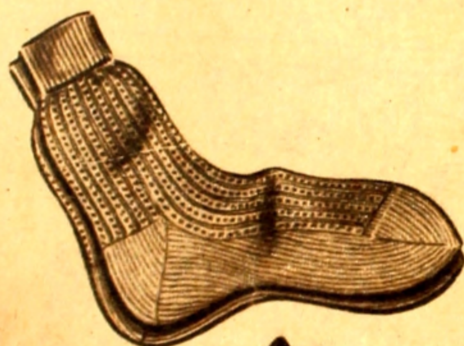
SOLER HNOS. S. A.

NUESTRA OFERTA

Semanal

EN TODO MOMENTO CON SUPREMAS OPORTUNIDADES





SECCION TEJIDOS

Panamá de rayón inarrugable, todos los colores, ancho 0.90, el metro...... $ 1.40

SECCION SEÑORAS

Magnífico buzo en malla de hilo color crema, talles 46 al 52, c/u........ $ 2.90





SECCION HOMBRES

Zoquetes de algodón mercerizado, puño elástico, muy durables, colores blanco, crudo, beige y gris, de $ 1.30, el par a. $ 1.00

SECCION NIÑOS

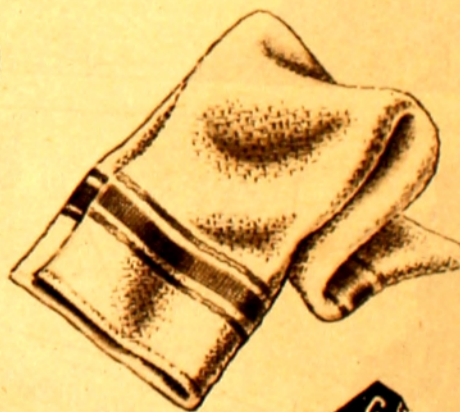
Camiseta media manga para niños de 8 a 14 años, en fuerte malla de algodón. Talle 8 c/u......... $ 1.00
Aumenta $0.10 por talle

SECCION FANTASIAS

Azucarero o Dulcera en vidrio prensado, en color blanco, transparente, c/u. $ 0.85

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

Toallas de granité blancas con guarda de color, tamaño amplio, c/u........ $ 2.00



Clientes del Interior
Recuerden que nuestro servicio exclusivo de ENVIO DE MUESTRAS DE TELAS *pone en vuestros propios hogares, todas las novedades de nuestros extraordinarios surtidos. Compren con la comodidad que les brindamos, solicitando muestras y dirigiendo los pedidos a nuestra* CASA MATRIZ *Av. Agraciada 2302 esq. Marcelino Sosa.*



Escuche
CX16
RADIO CARVE
LUNES - MIERCOLES y VIERNES a las 12.30 hs. a Dorotea Gurrumina, la Vendedora No. 25.

DEFIENDA SU ECONOMIA - COMPRE AL CONTADO

AGRACIADA 2302 - GRAL. FLORES 2341 - 18 DE JULIO 1601